

gaullismo en Francia, por citar ejemplos disímiles pero gráficos.

El izquierdismo es, en buena medida, la contracara del peronismo. Porque si es difícil explicar la ideología, el surgimiento y la pervivencia del peronismo, aunque es indudable su impronta, igualmente es complejo explicar la debilidad de la izquierda en un país relativamente industrial y moderno —al menos hasta los 70—, cuya clase trabajadora fue originalmente constituida ideológicamente por corrientes de izquierda como el socialismo, el comunismo y el anarquismo, siendo del mismo modo indudable la débil por no decir nula influencia que, desde los 40, estas corrientes tuvieron en el mundo obrero y popular argentinos. De hecho, el Partido Socialista se diluyó cuando no comprendió la sociedad industrial que él mismo había contribuido a formar.

La izquierda en su época de mayor éxito sí estuvo principalmente nucleada en un partido (el socialista), pero cuando se transformó en una ideología transversal, casi podría decirse que dejó de ser aquella izquierda que había sido, para volverse, al calor de y parasitada por los populismos, antes bien un nacionalismo de izquierda.

El diagnóstico de Sebreli es que la Argentina moderna posee dos grandes etapas, la del proyecto liberal-conservador y la del proyecto peronista. La bisagra sería, aproximadamente, la segunda posguerra,

con la irrupción de peronismo. Desde luego, hay contactos entre ambos períodos, y aquí se ve el papel transversal del nacionalismo y del militarismo, pues ambos se gestan y más aún comienzan a realizarse en la etapa liberal-conservadora. Pero en la perspectiva de Sebreli hay una pregunta que produce el análisis, y es: cómo se perdió el país liberal-conservador, qué ocurrió para que —aun sin negar los citados solapamientos entre ambas etapas— todo un proyecto, que incluía un modo de ver y entender —de ahí la importancia de las ideas— la política, la sociedad, el Estado, los partidos, la ciudadanía, la cultura, se viniera a pique y con él sus promesas, así como también su herencia, que para Sebreli resulta prácticamente inencontrable en la Argentina de hoy.

La tesis del autor es que el agotamiento del modelo agroexportador dio al traste con la burguesía agroganadera como clase dominante, la cual no fue reemplazada por otra clase que se erigiera en hegemónica. Esto trajo la decadencia del modelo conservador liberal y una crónica inestabilidad política a partir de los años 30. La inexistencia de una burguesía industrial con sentido pionero permitiría la sustitución de aquel modelo exitoso por un nacional-desarrollismo de entrecasa, con el populismo como fórmula política, signo de un corporativismo que sobre todo tendría un fin negativo:

evitar el conflicto social, económico y político, para lo cual limitaría la lucha en los terrenos económico (empresarios subsidiados por el Estado, sindicalismo vertical) y político (cultura política antiliberal y antidemocrática).

Por eso el populismo va a ser el gran demonio familiar para Sebreli, junto con el militarismo, el nacionalismo y la izquierda nacionalista, además del conservadurismo no liberal. La caída del país liberal-conservador es lamentada por Sebreli no porque represente el fin de una política conservadora o de una clase dominante sino porque significó la pérdida de un conjunto de elementos que tuvieron lugar entonces. Entre ellos, y no en último lugar, la existencia de una izquierda ilustrada, que conformó a la clase trabajadora y prometía integrarla en la vida estatal, desde una perspectiva reformista de lucha de clases. Esa izquierda política, y también sindical, era el síntoma de la conformación de una sociedad a la europea, con su correspondiente sistema de partidos, hecho de unas izquierdas y derechas mucho más nítidamente trazadas que en la posterior época populista, si bien el radicalismo ya mostraba un difícil encaje en ese modelo. En definitiva, Sebreli ve en esa etapa lo mejor del país: cosmopolitismo cultural, modernidad económica, cultura política, debate de ideas, lucha de clases, proyectos estratégicos de nación, etc.

El trabajo de Sebreli supone una interpretación de la historia moderna argentina que invita a pensar, a revisar ciertos estereotipos y lugares comunes, con un desenfado a veces ausente en los trabajos académicos. En una Argentina abotargada de populismo no es poco, en especial por su intención de que este aguijoneo llegue a la opinión pública —Sebreli es el ensayista político más leído de la Argentina—.

Una duda que este trabajo deja es la tal vez excesiva coherencia que hay en el planteamiento entre lo malo y el fracaso, así como la demasiada armonía entre lo bueno y el éxito. Es decir, en Sebreli las dos etapas argentinas son quizá demasiado coherentes en su positividad y negatividad respectivas. En ambas, unas buenas ideas construyen un buen país, mientras que en la otra unas ideas malas llevan al fracaso. Esto, que más complejamente se suele llamar unión entre ser y deber ser, entre hechos y valores, parece estar animando la interpretación que discurre en *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Y tal vez lo que cabría pensar es cómo o en qué medida lo que se considera bueno produjo o contribuyó a traer lo que se considera malo, o para decirlo con todas las letras: buscar la Argentina que se perdió en el peronismo advenido —según desde qué lado se mire la moneda—, en la Argentina que se había construido.

**Javier Franzé**

## Una antología de García Calderón\*

Pluma ágil y de amplio espectro, intelectual distinguido de la generación «arielista» en el Perú y América latina, diplomático de larga trayectoria, Francisco García Calderón Rey (1883-1953) no ha tenido la suerte de merecer entre sus compatriotas una posteridad plena de reconocimiento y de simpatías. La reciente antología editada por el historiador peruano Teodoro Hampe Martínez, profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, representa una obra de singular mérito, porque a inicios del siglo XXI rescata y pone en valor el ideario de aquel pensador, quien del examen de la identidad y la realidad social latinoamericanas pasó al complejo ámbito del destino histórico mundial.

García Calderón y sus compañeros de la generación del Novecientos estuvieron fuertemente impactados por la derrota que había sufrido el Perú, a manos de Chile, en la guerra del Pacífico (1879-1883). Esta generación atribuyó a la desintegración sociocultural, a la falta de

visión nacional, a la incapacidad dirigencial y aglutinadora de la burguesía limeña, las causas de aquella derrota. Los «novecentistas» señalaron ante todo el fracaso de la tarea que se habían impuesto los ideólogos y gestores de la Emancipación: transformar al Perú en una república moderna y progresista.

La coyuntura de la Independencia es un tema sensible para Francisco García Calderón, y varios de sus textos derivan de la constatación de la penosa situación en que se hallaba la mayoría de los países de América Latina tras un siglo de ruptura política con España y Portugal. Emancipadas en el orden político, las repúblicas del Nuevo Mundo llevaban, empero, una vida parasitaria. Los códigos legislativos, las costumbres sociales, las tendencias estéticas, la cultura en general, eran reflejo de los patrones europeos (y luego norteamericanos).

Como reacción a ese marasmo ideológico surgió la figura de José Enrique Rodó, quien en su famoso ensayo de 1900, *Ariel*, dirigió una especie de sermón laico a las nuevas generaciones. Su ensueño y utopía era «la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del helenismo». Si América Latina lograba este ideal, podría hacer efectiva oposición al desbordante materialismo de la civilización anglosajona, especialmente de los Estados Unidos, nación que por esos años consolidaba su desarrollo

\* *García Calderón, Francisco. América Latina y el Perú del novecientos (antología de textos). Compilación, introducción y notas de Teodoro Hampe Martínez. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos & Corporación Financiera de Desarrollo, 2003. 201 pp.*

económico. Francisco García Calderón llegó a ser el discípulo más conspicuo y predilecto de Rodó, aunque probablemente ambos nunca se conocieron en persona.

En tal contexto hay que situar la presente antología de textos, que aparece bajo el sello editorial de la universidad más antigua de América continental –San Marcos de Lima– y dentro de la serie de «Clásicos sanmarquinos», orientada a recoger los aportes sustanciales de personajes vinculados a esa casa de estudios, que desde el siglo XVI ha sido pródiga en contribuciones para el desarrollo de la cultura, la ciencia y la tecnología en el Perú. Gracias a la investigación realizada por Teodoro Hampe Martínez, y contenida en el estudio preliminar de esta nueva obra, se puede conocer la vasta producción de libros, ensayos y artículos publicados por García Calderón en español, francés, inglés y alemán.

Los principales títulos debidos a la pluma de este notable pensador del Novecientos son: *El Perú contemporáneo* (1907), *La creación de un continente* (1912), *Las democracias latinas de América* (1913), *El dilema de la gran guerra* (1919), *Europa inquieta* (1926), entre otros. De su obra integral el compilador ha escogido dieciocho fragmentos, que le parecen ilustrativos de la evolución de su pensamiento. Desde el punto de vista cronológico, los textos seleccionados cubren

el margen más amplio posible, ya que van desde 1904, cuando García Calderón era estudiante de letras en San Marcos, hasta 1949, cuando había regresado definitivamente al Perú luego de cuarenta años de estadía en Europa.

No es fácil entender hoy las circunstancias de aquella *belle époque* influida por los modelos parisinos, pero es un hecho que, a la muerte de Rodó, Francisco García Calderón pasó a ser el indiscutido «capitán general» de los intelectuales del Nuevo Mundo hispánico. El personaje entraría pronto, sin embargo, en una irreversible esquizofrenia y temprana ancianidad; por lo cual su nombre y su obra fueron alejándose de la memoria de sus contemporáneos y de las generaciones que vendrían después. Ante estas circunstancias, es grata la oportunidad que nos brinda Teodoro Hampe Martínez para (re)descubrir y (re)leer a aquel analista excepcional, patrimonio no sólo del Perú, sino de toda América Latina. Su vigencia política seguirá firme mientras los ideales de autonomía, de democracia representativa y de desarrollo equitativo aún no se hayan cumplido.

**Juan Carlos Adriazola Silva**